

Las ciudades y el cambio climático

Antes, cuando llovía, se oía mucho la expresión “¡Vaya día de perros!”. Ahora los días son soleados, los inviernos templados o incluso calurosos y los veranos tórridos. Así que, todos contentos, podemos disfrutar de la playa en el mes de diciembre y tomar una cañita al sol en las terrazas de nuestras ciudades.

Algunos siguen negando que estos tipos de tiempo con anticiclones permanentes, DANAS cada vez más frecuentes y dañinas en zonas donde antes no se producían y sequías recurrentes, no se pueden calificar como cambios en el clima.

Pero, en algunos países, los gobiernos asumen que sus ciudades tienen que estar preparadas para afrontar las dificultades que estas situaciones generan (mayor contaminación, más enfermedades, carencia de agua, etc.) y que sus habitantes las padezcan lo menos posible.

Se sabe que la transpiración de un árbol grande genera la frescura de cinco aparatos de aire acondicionado funcionando todo el día.

Los árboles y las plantas en general dan sombra disminuyendo la temperatura, aportan humedad, absorben el CO₂, crean biodiversidad y al aumentar la variedad de insectos y aves, impiden el aumento de plagas y por lo tanto enfermedades infecciosas, cuidando nuestra salud.

Cada vez más, se busca paliar los efectos de este calentamiento global en las ciudades creando bosques urbanos, parques, huertos, etc.

PILAR LACASTA REOYO.

Profesora de Geografía de la UAM